

¿LA OLIGARQUÍA HISPANO-MEXICANA DE LOS "CALIFORNIOS" TRAICIONÓ A SU PUEBLO Y SE ENTREGÓ A LOS "YANKEES"?

Tomás Calvo Buezas

La historia social y cultural del Suroeste de los Estados Unidos no puede comprenderse sin tener en cuenta la presencia española, que colonizó aquellos territorios desde los primeros años del Descubrimiento, y creó comunidades en una síntesis cultural indo-hispano-mexicana. Sus nombres como Nevada, Colorado, Florida, Nuevo México, California, Arizona son exponentes de esa aportación cultural española, recuerdo de aquellas Expediciones del siglo XVI de Coronado, Cabeza de Vaca y Juan Oñate.

California sería el último territorio colonizado, llegando en 1769 la expedición de Don Gaspar de Portola, y principalmente el peregrinaje pionero del Padre Junípero Serra, verdadero fundador de la California hispana. Las Misiones fueron unas creaciones religioso-socio-político-agrícolas, verdadera espina dorsal de la colonización californiana.

Junto a la misión, el pueblo y el presidio fueron las instituciones básicas de la California hispana.

En 1822 California se convierte en provincia mexicana, en 1846 se declara en Sonoma la República Independiente de California y en 1848 pasa al joven país de los Estados Unidos por el Tratado de Guadalupe Hidalgo, quien se compromete a respetar la propiedad, la lengua y la religión de las comunidades indo-hispanas-mexicanas.

El Manifest Destiny se cumplió, pero las promesas fueron rotas, comenzando la saga de los californios e hispanos, quienes poco a poco fueron perdiendo sus tierras, su poder político y la lengua castellana como idioma oficial de California. Todo ello se aceleró con el descubrimiento de oro en California en 1848 y la explosión de la aventura hacia el Oeste, llegando las grandes empresas de ferrocarriles, los bancos y las grandes empresas; todo esto cambió la tradicional estructura demográfica, económica, cultural y política de California, siempre en favor de los recién llegados, quedando los propios como extranjeros en su propia tierra (1).

El Contexto histórico:

California india, española, mexicana y yanquee

California tiene hoy una extensión de 158.693 millas(2) cuadradas, siendo el tercer estado más extenso de los Estados Unidos. Flanqueado por cadenas montañosas se extiende el Valle de San Joaquín, que está considerado hoy como la zona agrícola más rica de los Estados Unidos y probablemente la más fértil del mundo. Dos caudalosos ríos, el río San Joaquín y el Sacramento, facilitan el transporte y la expansión comercial. Las grandes montañas nevadas, que en otro tiempo imposibilitaron el paso hacia el Oeste, hoy son fuente de energía y de millones de litros de agua, que convierten en fértiles valles, lo que para los indios y españoles fueran desiertos ardientes e infecundos.

Cesto indio, arado español y tractor norteamericano pueden ser los símbolos indicadores de tres formas sucesivas de relacionarse el hombre con la tierra, tres maneras de "cultivar el agro" o de agricultura en California.

Los indios, que llegarían a ciento cincuenta mil en California en el siglo XVI, eran cazadores y recolectores en sistema de propiedad comunitaria, que ocupaban las laderas de las montañas o riberas de los ríos, según una división tribal del territorio (3). Era una cultura del arco y el cesto, hasta que un día llegaron otros hombres de "rostros pálidos" con otra cultura y otra forma de relacionarse ecológicamente con la tierra.

El 28 de noviembre de 1542 pisó la bahía de San Diego el primer galeón español capitaneado por Juan Rodrigo Cabrillo. Siguieron otros viajes exploratorios, como el de Sebastián Vizcaíno en 1602. Pero estos atracos fueron únicamente de provisión de agua y carne fresca, ya que algunos venían de paso de las Filipinas. En los ciento sesenta y siete años siguientes se perdió todo contacto con la alta California. Pero ante el peligro de invasión de los Rusos, interesados en pieles de animales, La Corona española decidió la colonización de California. Fue un precioso florón, un último, del Imperio español ya desmoronándose. Don Gaspar de Portona, primer Gobernador y el Padre Junípero Serra, Superior de los Franciscanos, atracaron a las Costas de California en 1769 con sesenta y cuatro personas, iniciándose los cincuenta y tres años de la colonización

hispana. Era la cultura de la espada, de la cruz y del arado. Del arado...y de las alforjas; allí venían los secretos del hombre blanco; allí encerraban simientes de granos domesticados, diminutas plantas, granos de árboles, gramática castellana, cartas del Rey de España, rituales católicos, Cruces, Vírgenes y Santos. Eran otros dioses, otra lengua, otra forma de trabajo social...otra cultura, y por ende otra agricultura.

Presidio, Misión y Pueblo forman el trípode institucional de la organización político-religioso-social de la colonización española. Los presidios se construyeron sobre la Costa del Pacífico para protegerse de los piratas, principalmente ingleses. Tomar hoy el "camino Real" -Highway 101- es delicioso banquete patriótico para un español: San Diego, San Luis Obispo, Santa Bárbara, Santa Cruz, San José, San Francisco.. y así los Padres fundaron veintiuna misiones, hoy populosas ciudades, que se extienden sobre la Costa del Pacífico desde San Diego a San Francisco. Los Padres, así llamados aún hoy por los parlantes ingleses que de 1769 a 1845 llegaron en número de ciento cuarenta y seis, fueron misioneros, patrones de ranchos, educadores de artes y oficios. Enseñaron a los indios labores agrícolas como las de arar, sembrar y cosechar la tierra; criar animales para comida y sebos, usar carretas con ruedas, montar caballos, fabricar instrumentos de hierro, construir casas de adobe y ladrillo. Se calculan en unos treinta mil los indios californianos asentados, organizados y agriculturizados por los misioneros.

Cada Misión administraba grandes cantidades de tierra y ganado, empleando gran número de indios en la nueva economía agrícola y ganadera. La Misión de San Gabriel, por ejemplo, para 1834 llegó a administrar diecisiete ranchos, ciento cinco mil cabezas de ganado, veinte mil caballos y cuarenta mil ovejas. Cada sábado se mataban cien reses, trabajando para la misión unos tres mil indios (4).

Junto al presidio militar y la Misión religiosa-agrícola, nacieron los pueblos. El primer pueblo fundado en California fue San José de Guadalupe (1777) y el segundo Los Angeles (1781q). Los Angeles se fundó el 4 de septiembre de 1781 bajo el rumboso nombre de "Pueblo de Nuestra Señora La Reina de Los Angeles de Porciúncula". Hoy, unos doscientos años más tarde, en esa economía de elipsis verbal norteamericana se llama LA y las veintidós personas fundadoras (dos

españoles, dos negros, ocho mulatos, nueve indios hispanizados y un mestizo) se han convertido en siete millones de habitantes, el 35% de la población californiana.

La estratificación social en la colonia estaba fundada sobre un sistema semifeudal de estratos sociales y castas, basados en parte en aspectos étnico-raciales. En lo alto de la pirámide social estaban los blancos gente de razón, así llamados; eran los misioneros y oficiales militares españoles, que eran los únicos que poseían el poder, siendo los únicos a quienes la Corona de España concedía las tierras. Luego venían otros blancos españoles o criollos mexicanos blancos, que eran artesanos, soldados y herreros. Les seguían los mexicanos mestizos o mulatos, que eran los vaqueros, borregueros, yunteros, muleros. Y en la base inferior de la pirámide estaban los indios.

En 1822 México se declaró definitivamente independiente de España. Pocas cosas cambiaron al parecer en la tranquila provincia californiana, pero fueron decisivas para el futuro. Se otorgaron abundantes títulos de propiedad de la tierra, y se ordenó la desamortización de las Misiones, contribuyendo con esas dos disposiciones a un cambio revolucionario en la vida económica, social, política, de California.

Otra decisión importante del nuevo gobierno mexicano, nacido en las entrañas del liberalismo, fue la disposición de libre comercio. Con esta medida las costas californianas se vieron frecuentemente visitadas por un intenso comercio de Boston-San Francisco, que traía zapatos y utensilios y se llevaba cueros y sebos. Pero con el comercio llegaron los comerciantes 'yankees' que pusieron su residencia en California, se casaron las hijas de los 'Californios' que eran "gente de razón", aprendieron la lengua, se convirtieron al catolicismo, con lo cual podían hacerse ciudadanos mexicanos... y, lo más importante, solicitar títulos de propiedad de la tierra, haciéndose terratenientes (5). De esta forma se inició la entrada de residentes yankees a California.

En este período de provincia mexicana se hacen tres asentamientos por tres no hispanos, que consiguen títulos de propiedad del Gobierno de México, y que son decisivos para la estructura de la propiedad californiana. En 1838 John Marshall se asienta en el Valle de San Joaquín, siendo el primer hombre blanco que puso un rancho en este fabuloso valle. En 1839 John L. Sutter se asienta en la desembocadura

del río Sacramento. Y en 1844 John Bidwell toma sus propiedades al norte de California en el actual Chico. Los 'Johnes' habían reemplazado a los 'Don Juanes'.

Un factor externo, el expansionismo del Manifest Destiny de la joven nación USA, y otro factor interno, la población residente 'Yankee' encasillada en una legislación y lengua ajena, provocaron la pérdida para México de California. En 1846, en Sonoma, emigrantes 'Yankees' levantan la bandera del Oso, declarando la República Independiente de California; y ese mismo año es ocupada militarmente por las tropas de USA que estaban en guerra con México por la cuestión de Texas. En 1848 por el Tratado de Guadalupe Hidalgo, México cede a los Estados Unidos por quince millones de dólares, todo el Suroeste hispano-mexicano comprometiéndose USA a respetar la propiedad, lengua y religión de la zona conquistada (6).

"México no sólo perdió un Imperio, sino que entregó a su pueblo" (7). La población hispano-mexicana de California, aunque pequeña en número (unos cuarenta y cinco mil hispanoparlantes, de ellos treinta mil indios aculturados) crea firmes y consolidados asentamientos, tanto en su organización social como en su economía de subsistencia con su agricultura de huertos, olivares, viñas y sus ranchos de trigo y ganados, comerciando cueros y sebos, dando como resultado unas fuertes unidades culturales indo-hispano-mexicanas.

Un factor demográfico externo -emigrantes arribando a California- desencadenó casualmente un proceso rápido de cambios sociales, que pueden categorizarse de revolucionarios. El señuelo fue el 'golden metal', el oro de los hombres y de los dioses. El grito de '¡Oro en California!' se convirtió en mito, que atrajo peregrinaciones interminables de emigrantes que con sus 'wagons' iniciaron la aventura del Oeste. Más tarde Hollywood lo transformaría en mito universal. El 24 de enero de 1848 James W. Marshall encuentra unas pepitas de oro en el Norte de California. En ese año había unos veintiseis mil blancos, creciendo en 1849 hasta ciento quince mil. Pero pronto los buscadores de oro, trabajando por cuenta propia con pala y criba, se vieron desplazados por la 'empresa capitalista de minas'. Nació así por primera vez en California un capitalismo industrial y un proletariado obrero.

Con el aumento de la población, creció la demanda de productos

alimenticios, incrementándose la producción agrícola y ganadera. Primero fue el trigo, alimento básico cultural del europeo, llegando California a producir más que todo el resto de la nación en 1878. Igualmente fue aumentando la ganadería, hasta que un factor físico incontrolable, las grandes sequías de 1862 y 1864, decidió la balanza a favor de la agricultura y en contra de la ganadería; murieron unos tres millones de vacas. El Valle de San Joaquín se convirtió en granero del mundo con sus famosas 'Bonanzas Farms'. Su espíritu era típicamente capitalista: producción en gran escala para ganar el mayor dinero posible en el menor tiempo posible; no estaban interesados como las Misiones en diversificar la producción, irrigar, no gastar la tierra, producir para el consumo. En 1870, había sembrados de trigo en el Valle de San Joaquín en ciento cincuenta mil acres. La producción de trigo subió vertiginosamente en California. En 1860 se cosecharon seis millones de fanegas de trigo, en 1870 ascendió a dieciséis millones de fanegas; en 1880 se llegó a veintinueve millones y en 1890 se llegó al tope de la producción de trigo con cuarenta millones de fanegas (8).

Pero lo más importante en este período fue el proceso de concentración de la propiedad. De ola de emigrantes, europeos recién llegados, hubo una minoría que se dedicó a acumular títulos de propiedad de la tierra, de forma que cuando en 1860 los buscadores de oro intentaron asentarse en la tierra de "nadie", no la encontraron. La estructura de la propiedad de la tierra, a diferencia del resto de la nueva nación norteamericana, tenía una morfología de concentración monopolista que ha perdurado hasta nuestros días.

Esta concentración arranca de la estructura semifeudal de la Colonia, España concedió cuarenta títulos de propiedad de tierras. México concedió de 1822 a 1848 unos ochocientos títulos, junto con la desamortización en 1834 de las Misiones. Todo ello terminó en un proceso de concentración de la propiedad, porque los ranchos de los Padres pasaron a las manos de "la gente de razón"; y los títulos de la propiedad pasaron tras la ocupación yankee a poder de los emigrantes europeos que terminaron a final de siglo adueñándose de las tierras de los ricos "Californianos". Robos, engaños, disposiciones fraudulentas de impuestos fueron los medios de expropiación en un proceso de concentración de poseedores de títulos. Un 40% de la tierra fue judicialmente vendida a conocidos especuladores en complicidad con

los jueces. El Rancho de los Alamitos, de doscientos sesenta y cinco mil acres de buena tierra, fue obligado por la Corte de Justicia a venderse, por no pagar los ciento cincuenta y dos dólares de deudas de impuestos. El Rancho Santa Gertrudis, que valía un millón de dólares, fue obligado a venderse por cinco mil dólares. Un tal José Domínguez de Santa Bárbara vendió un título de propiedad de doscientos ocho mil setecientos cuarenta y dos acres de tierra por un dólar (9).

Para 1871 estaba fijada la estructura de la propiedad de la tierra. Por un proceso de especulación, la tierra siguió en pocas manos, pasando de un tipo feudalista de propiedad a la concentración monopolista de signo capitalista. En 1871 seiscientos dieciséis hombres en California poseían 8.685.439 acres de la mejor tierra; para ese año únicamente un 1% tenía apellido español, cuando cincuenta años antes casi el 100% estaba en manos hispanas.

Años más tarde, un poeta chicano evocaría así este proceso:

*Llegaron a nuestros ranchos
muertos de hambre,
implorando amistad cuando les seguía
el polvo de la muerte...*

*Se perdieron las tierras
en falsos cielos azules,
y el mendigo que llegó a cenar,
engañó las puertas,
y se quedó en casa.(10).*

Las Misiones, creadoras de comunidades indo-hispanas-mexicanas en California

Descrito el marco general de la historia social de California con sus profundos cambios durante un centenar aproximado de años (1776-1880), nos es más fácil encuadrar la saga dramática y fecunda de las Misiones, verdadera espina dorsal de la California hispana en su vida cultural, religiosa, económica y política. Los padres Franciscanos -con el Padre Junípero Serra como prototipo- fueron verdaderos héroes de frontera, evangelizadores y creadores de riqueza social, y lo que es más importante fundadores de comunidades indo-hispanas-mexicanas, generando una nueva cultura, una nueva sociedad y una nueva forma

de producción en la alta California.

Este proceso colonizador fue complejo y conflictivo, al crearse un tablero estructural de relaciones inter-etnias, inter-clases, internaciones e inter-raciales, que tenían intereses diversos a veces incluso antagónicos, formando un sólo sistema jerárquico político, económico, cultural y racial, en que los blancos españoles estaban en el vértice de la pirámide. En primer lugar estaba el conflicto colonizadores/indios, pues nunca podemos olvidar el carácter asimétrico de dominación de todo proceso colonizador imperial a pesar de la aparente mansedumbre de muchas comunidades indias y la entrega personal generosa de la gran mayoría de los Padres Fundadores. Dentro de esos dos grandes bloques colonizadores/indios, existían divisiones y conflictos internos; dentro de los indios había comunidades agresivas guerreras y seculares enemistades tribales; y dentro del grupo colonizador, como hemos indicado, había una jerarquía de etnia-raza-clase-nacionalidad (blancos españoles, mestizos mexicanos, mulatos, negros, indios, aculturados). Existían también conflictos, 88 por sus intereses diversos, entre la clase blanca colonizadora dirigente, como eran los de Misioneris/Militares; y con el proceso de Independencia, legitimados por la ideología liberal de signo generalmente anti-eclesiástico. En la California Mexicana (1822-1846) la desamortización de las Misiones sería el hecho político y económico principal, causa de grandes cambios y conflictos. Con la llegada de los Yankees y la anexión a los Estados Unidos (1846) se va a crear una división bipolar importantísima para el futuro de California, hispanos/yankees, en que los segundos terminarían por dominar la economía, la política y la cultura de California.

Estos conflictos y procesos fundamentales quedan reflejados en la historia de las Misiones californianas, sobre las cuales vamos a dar algunos datos significativos (11).

Veintiuna fueron las Misiones fundadas por los Franciscanos en California durante el período hispano, las nueve primeras por orden cronológico de fundación son las siguientes: San Diego de Alcalá (1769), San Carlos Borromeo (1770), San Antonio de Padua (1771), San Gabriel Arcángel (1771), San Luis Obispo de Tolosa (1772), San Francisco de Asís (1776), San Juan Capistrano (1776), Santa Clara de Asís (1777), San Buenaventura (1782), Santa Bárbara (1786), La Purísima Concepción (1788), Santa Cruz (1791), Nuestra Señora de la Soledad

(1791), San José (1795), San Juan Bautista (1797), San Luis Rey de España (1798), Santa Inés (1804), San Rafael Arcángel (1817) y San Francisco Solano (1823).

Una radiografía diacrónica de alguna de estas Misiones con los datos más significativos de su existencia podrán revelarnos los **patterns** estructurales más importantes de estas Fundaciones religiosas, económicas, culturales y políticas.

La Misión de San Diego de Alcalá, fundada el 16 de Julio de 1769, fue la primera y más exitosa de las Misiones, pero también la primera en sufrir un ataque de 600 indios la noche del 5 de noviembre de 1775 y en ofrendar la sangre del primer misionero en tierras californianas: el padre Luis Jayme, que generoso e imprudentemente confiado caminó con los brazos abiertos hacia los indios en son de paz y amistad y cayó muerto bajo una lluvia de flechas. Pero 28 años más tarde, San Diego será en 1797 la más populosa de las Misiones con 1405 indios cristianos, contando con una escuela, florecientes viñedos, huertas con un sistema de regadío bien planificado y ranchos con abundante ganado. Tras la Independencia de España, el gobierno de México declaró la desarmotización de las Misiones en 1833, y en 1834 la Misión, sus ganados y tierras pasaron a un administrador civil nombrado por el Gobernador, comenzando el abandono de la Misión que un viajero francés describe así en 1842: "Los edificios y la iglesia están en ruinas...los ranchos pertenecen ahora a individuos privados que los han ocupado y que se han apropiado de ellos". El fin oficial de la Misión de San Diego sería un 8 de junio de 1846 en que el Gobernador de California Don Pio cediera la Misión y sus 58.000 acres de tierra gratuitamente a Don Santiago Argüello. Durante la guerra de Estados Unidos con México (1848), los edificios de la Misión fueron usados como barracones para las tropas norteamericanas.

La Misión de San Carlos Borromeo, fundada el domingo de Pentecostés 3 de junio de 1770, se ha convertido en un relicario famoso por conservar los restos sagrados del pionero Padre Junípero Serra, quien allí muriera a los 70 años un 28 de agosto de 1784. San Carlos sería una Misión floreciente a pesar de los sucesivos problemas y avatares por los que ha tenido que pasar. En 1803 una epidemia se llevó la vida de 86 indios, huyendo temerosos a los montes la mayoría de los neófitos residentes en la Misión; en 1814 un terremoto cuarteó

la iglesia; en 1818 y 1822 los independentistas y otros mercenarios aventureros saquearon la Misión. En período de gobierno Mexicano de California (1823-1848), tras la desamortización, La Misión quedó abandonada; cuando en 1846, el Gobernador Don Pio quiso venderla no encontró comprador. Tras la restitución de la Misión a la Iglesia Católica, fueron exhumados en 1882 los cuerpos de los Padres Serra, Crespi, Lasuén y López, lo cual constituyó una revitalización al producirse una llegada masiva de hispanos e indios conversos de todos los alrededores. La iglesia, restaurada definitivamente en 1931, fue declarada Basílica por Juan XXIII, y ahora, con la Beatificación del Padre Junípero Serra allí enterrado es muy probable que la Misión de San Carlos Borromeo del río Carmelo se convierta en un centro piadoso de peregrinaje (12).

La Misión de San Antonio de Padua fue fundada el 4 de julio de 1771 entre indios tranquilos y amigables; una mujer india se acercó espontáneamente a solicitar el bautismo a la llegada de los misioneros, dando origen a la leyenda de que alguien había pasado por allí hacía 150 años evangelizando a esa tribu. Tras la desamortización en 1834, un administrador civil se hizo cargo de la Misión, relegándose al parálítico Padre Misionero a una habitación trasera. Los indios abandonaron casi todos la Misión, menos media docena que no quiso dejar solo al Padre enfermo. Cuando el Gobernador quiso vender la Misión, nadie ofreció nada por ella.

La Misión de San Gabriel, fundada el 8 de septiembre de 1771 fue una de las más florecientes. Económicamente era la primera en producción agrícola-ganadera, abasteciendo al área de Los Angeles. Para 1834, año de la secularización, la Misión de San Gabriel administraba 17 ranchos, 5.000 cabezas de ganado, 20.000 caballos, 40.000 ovejas, matándose 100 reses cada sábado para los 3.000 indios residentes y trabajadores de la Misión. Tras la desamortización en 1834, los indios se marcharon, las tierras fueron ocupadas y los ganados robados. Poco quedaba para vender cuando lo intentó el Gobernador Pio Pico en 1846, no llegando ni a producirse la venta por la llegada de las tropas yankees.

La Misión de San Luis Obispo de Tolosa, fundada el 19 de agosto de 1772, fue vendida con sus ranchos y ganados por el Gobernador Pico en 500 pesos. En 1835 las gentes del tenido como "bandido"

Joaquín Murrieta se habían escondido en los edificios de esta Misión.

La Misión de San Francisco de Asís, fundada el 9 de octubre de 1776, floreció gracias al crecimiento de la ciudad de San Francisco, situada en los campos de Yerba Buena. Se llama también "Misión Dolores", por estar construida junto al "Arroyo de Nuestra Señora de los Dolores". En 1834 una Comisión Civil se hizo cargo de la Misión, y para 1841 estaba ya todo arruinado. Con el descubrimiento del oro en California y el crecimiento de la ciudad, tomó importancia la Parroquia de la Misión-Dolores de San Francisco, continuándose hasta nuestros días.

La Misión de San Juan Capistrano, fundada el 1 de noviembre de 1776, después de varios intentos para fundar allí, tras su secularización, un pueblo de "indios emancipados", estos huyen, y el Gobernador Pico vendió la Misión y sus tierras a su cuñado y socio por 710 pesos.

La Misión de Santa Clara de Asís, fundada el 12 de enero de 1777, entregó durante la Guerra de Independencia al General Mariano Vallejo unas 4.000 cabezas de ganado, quien prometió pagarlo a la Misión, promesa que no cumplió, pues al llegar la desamortización, la Misión quedó en manos de un administrador civil, quedando allí un Padre que tuvo que rentar algunas habitaciones para permanecer allí.

La Misión de San Buenaventura, se fundó el 31 de marzo de 1781, siendo vendida en 1846 por el Gobernador Pico en 12.000 pesos a Don José Arnaz, uno de los grandes especuladores de tierra en California en esos años.

La Misión de Santa Bárbara, llamada "Reina de las Misiones", fue la primera de nueve fundada por el Padre Fermín Lasuén un 4 de diciembre de 1786 en un hermoso promontorio de Palmas la Bahía, que un día divisaran desde sus carabelas Cabrillo en 1542, Vizcaíno en 1602 y Portola en 1769. Tuvo una hermosa edad de oro, como casi todas las Misiones a finales del siglo XVIII y los primeros años del XIX, alcanzando esta Misión su máximo esplendor en 1862, año en que terminó la reconstrucción con dos días que se hicieron famosos por sus fiestas de bailes con fandangos, buena comida y bebida, y sus corridas de toros. En 1834 vino la secularización, pero los edificios de la Misión pudieron ser conservados en buen estado, gracias a que allí residía el entonces Presidente de las Misiones el Padre Narciso Durán y el primer Obispo de California eligiera como sede a Santa Bárbara. Las tierras

y ganados de la Misión fueron desamortizados y vendidos por el Gobernador Pico por 7.500 pesos. La Misión de la Purísima Concepción, fue fundada el 8 de diciembre de 1788 entre comunidades indias amistosas en el Valle de Santa Inés. En 1845 la Misión y sus tierras de 15.000 acres fueron vendidas por el gobernador Pico a John Temple, uno de los yankees ya residentes en Los Angeles.

La Misión de Santa Cruz fue fundada un 24 de septiembre de 1791 cerca del Río San Lorenzo junto a la bahía de Monterrey y cinco años más tarde ya tenía 523 indios neófitos sedentarizados y trabajando para la Misión. Tras la secularización en 1834, la Misión y sus tierras fueron invadidas, al venderla, no halló comprador. En 1931 se reconstruyó el templo y hoy funciona como capilla católica.

La Misión de Nuestra Señora de La Soledad fue fundada el 9 de octubre de 1791. Con la secularización en 1834 la Misión fue abandonada, marchándose a la misión de San Antonio, el Padre y los indios, quienes trasladaron también los restos del padre y del gobernador. Los edificios y las tierras fueron vendidas por el Gobernador Pico en 1846 a Feliciano Soberanes por 800 pesos.

La Misión del Gloriosísimo Patriarca San José, fundada en noviembre de 1797, fue vendida, tras la desamortización, por el Gobernador en 1846 por 12.000 pesos.

La Misión de San Juan Bautista, fundada el 24 de junio de 1797, tras la secularización y marcha de los padres, fueron ocupados por otros recién llegados administradores, marchándose los indios, abandonándose todo posteriormente, menos un Padre que se quedó al cuidado de la Capilla. Huertos, jardines y ranchos todo se perdió tras la desamortización.

La Misión de San Miguel Arcángel, fundada en la fiesta de Santiago un 25 de julio de 1797, tras la secularización se puso bajo la dirección de un administrador civil, siendo posteriormente vendidas las tierras por el Gobernador en 1846 a Petronilo Rios y a William Reed por 600 pesos. En los edificios de la Misión se construyó un Saloom, una serrería, un comercio, pero un viejo indio seguía tocando cada atardecer las campanas de la vieja Misión para anunciar el rezo del Angelus.

La Misión de San Fernando Rey de España, fundada el 8 de septiembre de 1797, fue vendida con sus ranchos y ganados por el

Gobernador a su hermano Andrés Pico por 1.120 pesos.

La Misión de San Luis Rey de España, fundada el 17 de septiembre de 1804 fue encomendada a un administrador, decayendo la producción y marchándose los indios, siendo las tierras ocupadas o mal vendidas a distintos compradores por escasos pesos.

La Misión de San Rafael Arcángel, fundada el 14 de diciembre de 1817, fue vendida por el Gobernador Don Pio Pico a su hermano Andrés y a Antonio Sumol, un marinero que luego fue muy activo en servir la causa de los yankees.

La Misión de San Francisco Solano, la última de las Misiones californianas, fundada el 23 de julio de 1823, fue abandonada en 1846 tras la secularización, ocupando sus edificios para establecimiento de almacenes, comercios y otros servicios.

Vivir bajo campana: un modo de vida

Vamos a intentar ahora concentrarnos en las pautas estructurales que se esconden bajo esta historia particular de cada una de las misiones, descubriendo los nervios fundamentales de esta colonización hispana en California. La institución clave fue la Misión, que era una fundación plurifuncional, compleja, formada como un sistema; se trata de una empresa, a la vez evangelizadora-económica-cultural-política.

Si la finalidad última era la evangelización, la estrategia próxima necesaria era la sedentarización de los indios, participando en unas nuevas formas productivas de ganadería y agricultura. Según la expresión de aquel tiempo, crear una Misión, era conseguir la previa "reducción de indios", reunir en un "pueblo" las familias dispersas que vivían en sus chozas, dirigidos por los Padres en sus nuevas tareas de trabajo "viviendo bajo el son de la campana"; es decir la campana de la Misión como señal y símbolo del nuevo modo de vida con su nuevo horario y distribución de tareas, horas de trabajo y descanso, horas de enculturación religiosa, nuevo calendario de fiestas y rituales, conviviendo físicamente cerca de la Misión. De esta forma una nueva economía, nuevas relaciones sociales, nueva cultura, nueva religión, nueva sociedad y un nuevo orden político iban estructural e inexorablemente unidos en un nuevo sistema social, siendo la Misión su epicentro y su esqueleto básico.

En todo este proceso el asegurar unas formas productivas, es decir, una tecnología y bienes de capital (tierras, herramientas, semillas y ganados), una mano de obra especializada (dirección y saber profesional de los padres y de otros artesanos indo-mestizos aculturados que con ellos traían), y sobre todo una mano de obra abundante (indios nuevos, neófitos) era imprescindible para conseguir que la unidad productiva, la Misión, autoabasteciera a todos los participantes en el nuevo sistema, produciendo además unos excedentes con que adquirir algunos bienes que la Misión no podía producir.

Los Padres fundadores y regidores de las Misiones fueron unos auténticos misioneros preocupados por la evangelización de los indios, como objetivo prioritario de su presencia y labor en California; desde el primer momento ellos pensaron que para conseguir esta fruta pastoral, era necesario sembrar la tierra y criar ganado que asegurase una mejor forma de vida a los indios, a los que se intentaba sedentarizar-reducir-evangelizar-aculturizar.

"Sólo se conseguiría -escribe el padre Palau, compañero y biógrafo del Padre Serra- la reducción (de los indios) por el interés de tener que comer y vestir, y después, poco a poco, se les entra en el conocimiento del bien y del mal espiritual. Que mientras no tuvieran los misioneros que darles, no les cobrarían afecto, y no vivirían juntos en pueblo bajo la campana, sino en rancherías, de la misma manera que cuando gentiles, desnudos y hambrientos, no se podría conseguir el que dejaran las viciosas costumbres de la gentilidad ni que se civilizaran".

Este mismo objetivo de conseguir el bienestar material y espiritual era el que perseguía el pionero fundador Junípero Serra, quien insistía, según Palau,

"que era necesario imponer a los recién bautizados en el laborío de tierras para que por este medio, con los frutos que acogiesen, pudieran mantenerse como gentes y no como pájaros, según lo hacían con las silvestres semillas que produce el campo, y lograr al propio tiempo su cultura y adelantamiento."

El Padre Serra estaba convencido y así se lo insistía a sus misioneros que mientras la Misión no pudiese asegurar a los indios unos recursos económicos suficientes, que ellos apreciaran en más que

su vida nómada de recolectores, no se conseguiría la sedentarización definitiva. De ahí el interés en congregar a los indios junto a la Misión para que trabajasen y aprendiesen las nuevas técnicas de cría de ganado, agricultura, construcción, carpintería, metalurgia y otras artes y oficios (13).

Vivir bajo campana conlleva una nueva forma de trabajo y de vida; era una vida en una unidad social más numerosa y compleja, de relaciones inter-etnias jerarquizadas, marcando las horas de trabajo, que eran sobre cinco horas diarias, con descanso a mediodía y a la noche; catequesis, rituales, nuevo folklore de cantos y bailes, representaciones teatrales, nueva iconografía, nueva liturgia, procesiones nuevo ritual, nuevo mito y nuevos símbolos. A los niños y a los jóvenes se les dedicaba una atención especial en la enculturación religiosa y en el aprendizaje de la lengua castellana. Con el tiempo los trabajos eran supervisados por capataces indígenas ya adiestrados; y a partir de 1779 eran elegidos por los mismos indios alcaldes y regidores indígenas dentro de cada Misión. En todo este proceso la función de otros indios (generalmente de otra etnia) y aculturados cristianamente fue crucial; y las nuevas fundaciones de Misiones casi siempre se hacían con algunas de estas personas de confianza de los Padres; así Palau en 1773 trajo consigo de la Baja California 10 familias indígenas y 12 soldados solteros. A veces estos indios aculturados se casaban con indias de otra etnia tribal, facilitando el mestizaje y la creación de una comunidad super-tribal con una nueva síntesis cultural indo-hispana-mexicana. Este mestizaje también tuvo lugar entre soldados españoles, mestizos mexicanos y mulatos con las indias de las Misiones, generándose lazos comunitarios sociales nuevos.

Fue, sin embargo, la sedentarización de indios nómadas junto a la Misión la clave del éxito de la empresa evangelizadora-económica-cultural-social. Esto nos obliga a plantearnos los métodos y razones que las hicieron posible; una podría ser los mayores bienes que esperaban conseguir los indios con la nueva forma de vida; otra la invitación insistente de los Misioneros considerados por los indios, como aliados de los soldados, a los que veían y tenían con avanzadas armas defensivas, caballos, disciplina y organización colonizadora; la relación de violencia siempre está presente en toda empresa imperial;

esto no hay que negarlo como tampoco el que esto influyera en el proceso misional californiano. Pero eso sólo no explica todo el proceso social-económico-cultural, ni el gran éxito de las Misiones franciscanas. Además de todo esto -intimidación y temor militar- es innegable la extraordinaria capacidad de organización, inteligencia, fortaleza e iniciativa de los Padres Misioneros, que ejercían su autoridad bajo formas paternalistas, pero que intentaban predicar con el ejemplo. Los padres se entregaban a los trabajos más duros, como cortar leña, cavar, cargar piedras, hacer adobes, recoger cosechas; y esto comenzando por el Padre Rector y Fundador Junípero Serra, quién como cuenta Palau realizaba todas las tareas anteriores, así como que "por sus propias manos cortaba las camisas y las enaguas como también cotones y calzones para los muchachos, y por sus propias manos se amañaba a coser para instruir a los neófitos, como que en breve aprendieron".

Eran los mismos indios, bajo la dirección de los Padres los que construyeron las capillas, primero de adobe y luego de piedras; cultivaron el maíz, el trigo, la cebada, frijoles, legumbres, hortalizas, frutas, melocotones, membrillos, plantaron viñedos, criaron ganado y fueron excelentes vaqueros. Al cabo de unos años, casi todas las Misiones ya producían excedentes agrícolas y ganaderos que se vendían a las tropas de los presidios o a los barcos rusos o ingleses (sebos y cueros) por herramientas, tejidos, zapatos y otros bienes suntuarios. Algunos datos podrán darnos una idea del éxito económico de las Misiones. Cuando el Padre Serra murió en 1784, las nuevas Misiones por él fundadas en sus 15 años de vida en California, produjeron ese año 15.800 fanegas; y contaban con 5.384 cabezas de vacuno, 5.629 ovejas, y 4.294 de cabras; el crecimiento productivo-ganadero fue grande, si se tiene en cuenta que en 1773 las cinco Misiones entonces existentes y los dos Presidios sólo poseían 310 reses vacunas, 94 ovejas, 77 cabras, 178 cerdos, 73 caballos 4 asnos y 83 mulas. En 1773 sólo había en California 11 frailes y 60 soldados con unos pocos criados y artesanos, pero para 1780 había una comunidad hispana de 600 personas entre "gente de razón", soldados y otros mestizos pobladores.

Tal vez el dato más significativo sea el crecimiento de indios aculturados, residentes en las Misiones; un indicador que puede servirnos es el número de bautizados; en 1773 habían sido 500, pero

para 1884 los datos de indios bautizados son los siguientes en la Misión de San Diego, 1.046, San Carlos, 1.014, San Antonio 1.084, San Gabriel 1.019, San Luis Obispo 616, San Juan Capistrano 472, San Francisco de Asís 394, Santa Clara 669, San Buenaventura 53. Para el año 1823, como hemos visto, varias Misiones tenían cerca de 3.000 indios.

Los misioneros consiguieron del gobierno la legitimación de la autoridad sobre los indios de las Misiones, cuestión que siempre creó recelos y conflictos con las tropas de los Presidios; el mismo Gobernador Felipe Neve recomendaba en 1779 a sus soldados la siguiente "tan breve como admirable regla para su gobierno, de que nunca sean fraileros, ni se metan en complacer ni dar gusto a los frailes", los Padres, por su parte recomendaban a sus indios la misma norma frente a los militares, Junípero Serra consiguió del Virrey colonial Bucarrelí que "el gobierno, mando y crianza de los indios bautizados tocaba positivamente a los Padres Misioneros".

Como toda empresa humana, máxime cuando está incrustada en una expansión colonial-imperial, las Misiones tuvieron su dimensión de dominancia y coerción cultural-religiosa-social-política; pero las Misiones californianas tuvieron también otras dimensiones humanamente admirables, en servicio de las comunidades indias. Prototipo de hombre entregado a una causa y a una utopía, no exento de defectos, puede servir como símbolo el Padre Junípero Serra, nacido en la Isla de Mallorca el 24 de noviembre de 1713. Cuando le llegó la noticia de su marcha a América "fue para él de mayor gozo y alegría que si le hubiese llegado cédula para alguna mitra", según cuenta su amigo y acompañante Padre Palau. Desde su llegada a México en 1749 hasta su muerte en 1784 recorrió más de 20.000 kilómetros, la mayoría a pie a pesar de su cojera. Este hombre de frontera fue también un convencido misionero, quien "siempre tenía en su corazón y en la mente el aumento de la conversión de los gentiles" (Palau), murió en la Misión de Monte Carmelo, hoy junto a Carmel y Monterrey, un 28 de agosto de 1784 a los 70 años, entre los llantos de los indios cristianos; no es extraño que ahora la Iglesia Católica quiera beatificarlo. (14).

desamortización y ocupación de los Yankees.

El ocaso de las Misiones coincide con el inicio del proceso Independentista y la aceptación del liberalismo en la clase civil dominante, que tuvo su manifestación fáctica en la política del nuevo gobierno mexicano con la secularización y desamortización de las Misiones californianas. Este hecho revolucionó la producción y relaciones sociales en California, la estructura de la propiedad, la distribución del poder social y político, debilitando la cohesión y fuerza del grupo indo-hispano-mexicano frente al otro fenómeno revolucionario en California, como fue la llegada de miles de emigrantes yankees con el descubrimiento del oro, que terminaron en la ocupación estadounidense de California y en el ocaso del poder y cultura hispano-mexicana.

La llegada a la Bahía de Monterrey el 20 de noviembre de 1818 del rebelde patriota y pirata argentino Hipólito de Bouchard, que saqueaba las costas y Misiones bajo la proclama de la "libertad" luchando contra la dependencia colonial de España en nombre del liberalismo puede representar un símbolo de los nuevos tiempos y de los cambios que se avecinaban. Esos años del proceso Independentista, las presiones de los soldados de uno y otro bando cayeron sobre las Misiones y sobre los indios aculturados, abandonando muchos de ellos las Misiones.

Durante el período mexicano de California (1822-1846), la política de la secularización y desamortización de las Misiones fue el hecho más revolucionario, que transformó económica y socialmente las relaciones sociales, pasando el poder de los Padres a la nueva élite política y económica, que se enriqueció aun más con las propiedades de las Misiones. (15).

Como hemos visto el proceso de secularización tenía generalmente dos momentos muy diferenciados: la toma de los bienes (tierras, ganados, edificios, instrumentos) por parte del Estado, entregándosela a un administrador civil y un segundo momento de la venta pública a los particulares. En muchas ocasiones las tierras fueron ocupadas o saqueados sus ganados. La administración pública comenzó generalmente en 1834 y la mayoría de las Misiones se vendieron en 1845 y 1846. Pues bien, como hemos visto durante esos once o doce años, el valor de los ranchos bajó drásticamente, además

de que eran vendidos a familiares y socios ricos a bajísimos precios. De las 21 Misiones, 11 únicamente fueron vendidas, unas regaladas, cinco Misiones no encontraron comprador a la hora de la venta pública, y las cuatro restantes fueron invadidas y saqueadas. El total de las Misiones vendidas ascendió a 46.770 pesos; dos de ellas -San Buenaventura y San José- se vendieron por 12.000, San Rafael por 8.000 y Santa Bárbara por 7.500; y otras cuatro llegaron a venderse por menos de mil pesos.

Este derrumbe económico se evidencia en que los 8 millones de acres con sus miles de ganados que en 1846 fueron vendidos y amortizados eran valorados en 1830 en 76 millones de pesos; y ya hemos visto que a la hora de venderse, quince años más tarde, no llegaron a 50 mil pesos.(16) Este desastre productivo, como hemos visto, tuvo lugar tras el traspaso de la propiedad y de la dirección de los Padres a la administración pública, que trajo como consecuencia el abandono de los indios conversos residentes en las Misiones, y con ello la ausencia de esa mano de obra, mucha de ella ya con alguna especialización agrícola-ganadera-artesanal. En 1818 se calculaban en 15.000 indios trabajando en las Misiones, en 1829 quedaban 4.500; y para 1847 únicamente grupos de indios, generalmente mayores y ancianos, por su relación personal con el Padre de la Misión, sí se continuaba el culto.

El abandono de los indios de las Misiones tuvo varias causas, siendo la presión y los conflictos que sufrieron los indios por parte de los soldados de ambos bandos, principalmente independentista y piratas rebeldes; de ahí que hubo una notable marcha de indios neófitos desde 1818 a 1823. Ahora la principal fue la secularización de las Misiones y el nuevo régimen de propiedad bajo nuevos amos. Es cierto también que influyó un hecho importante del nuevo régimen político mexicano y de la nueva ideología liberal -muy positiva en sí misma- como fue la "emancipación" de los indios que permitió legalmente la ruptura de relaciones patrón/cliente con sus antiguos amos, abandonando su trabajo. No hay por qué dudar de las buenas intenciones de estos gobernantes e ideólogos, pero bajo la "proclama de libertad" muchos de ellos lo que deseaban eran los ranchos y propiedades de las Misiones y las tierras comunales de las tribus indias. Históricamente parece probado que para los indios la proclamada

libertad y desamortización de las Misiones fue una experiencia negativa con un resultado de mayor explotación y sumisión que en la estructura paternalista de las Misiones. Un autor tan autorizado e independiente como Leonard Pitt dice textualmente:

In the eyes of the "gente de razón" Indian liberation has succeeded famously, but for the Indians themselves it was a painful experience. The neophytes were torn tragically between a secure, authoritative existence and a free but anarchic one. Those who had spent their lives in the shadow of the Cross often rejected the proffered liberty, or out of fear of the Padres wrath but of the uncertainties of the outer world".(17)

Para muchos indios la ilusoria libertad concedida sólo les sirvió para ser una mano de obra barata aún más explotada, vivir en un mundo más complejo donde eran más discriminados racial y socialmente, trabajar de siervos en los nuevos ranchos y ocupar el estrato más ínfimo y despreciado en los pueblos "Even by the 1850 - afirma el mismo historiador L. Pitt- the neophytes remained a demoralized class, alternately a prey to disease, liquor, violence, submission and exploitation". (18).

La desamortización de las misiones trajo otras consecuencias además de las económicas, que serían cruciales para la historia de California y para todo el grupo de indo-hispano-mexicanos. Las comunidades misionales, fruto de un mestizaje cultural indio, hispano, y mexicano, que estaban unidas por un sistema económico-religioso-cultural, en una unidad de lengua y religión con toda la provincia, fue desintegrado ideológicamente y socialmente durante el gobierno mexicano. Esta mayor complejidad social, liberalización y secularización no hubiera tenido mayor importancia e incluso hubiera podido ser un avance social importante, como sucedió en el resto de México y en otras naciones independizadas hispanas, sino hubiera existido la posterior e inmediata ocupación de California por los Estados Unidos. No se ha insistido lo suficiente en que sociológica, cultural, política y económicamente la secularización y la desintegración de las comunidades misionales hispanas facilitó la dominación posterior yankee, no sólo con nuevos propietarios no

hispanos, sino la más fácil dominación política, y sobre todo cultural-lingüística. Puede razonablemente afirmarse que de haber continuado el sistema misional con sus comunidades indo-hispano-mexicanas enlazadas económico, cultural y lingüísticamente en un sistema integrado como el de las Misiones, la historia de California -incluso con el descubrimiento del oro, la emigración y la dominación yankee- se hubiera desarrollado de otro modo; aunque es de preveer que los hispanos fueran un grupo minoritario, hubiera existido una mayor resistencia cultural-lingüística a los anglosajones, y una menor pérdida de poder político-social, e incluso económico de los californianos.

Durante el gobierno mexicano, algunos yankees comenzaron su poder económico, adquiriendo por unos pesos algunos ranchos de las Misiones; lo que es más importante, la sociedad californiana hispana ya estaba desintegrada en 1846 ideológica, económica y socialmente al haber destruido la estructura más firme, que era el sistema misional. Todo esto facilitó el dominio yankee y lo más paradójico es que la élite propietaria y política hispano-mexicana, que aceptó y se anexionó esperanzada a los Estados Unidos en 1846-48, a finales de la década de 1880 prácticamente no tenían propiedades ni ocupaban puestos públicos de importancia. Esta élite de unas 45 familias, que destruyó las Misiones para enriquecerse y para ocupar su rol de poder sociopolítico, y que se ilusionó con la ideología liberal y con la cultura yankee, fue a los 30 años destronada, desposeída y despreciada por la nueva población anglosajona, a la que ellos abrieron sus puertas. De no haber secularizado las Misiones, siempre hubieran podido tener unos aliados, como la Iglesia Católica y las comunidades culturizadas indias, que les hubieran ayudado en competir con la sociedad anglosajona; pero ellos desarticularon, empobrecieron y despreciaron mucho antes a sus posibles futuros aliados. Con todo ello la cultura, lengua y presencia indo-hispano-mexicana llegó a su ocaso, aunque siempre han permanecido algunas semillas hispanas entre las cenizas.

La primera Constitución de California de 1849 fue escrita en castellano, pero la segunda Constitución de finales de los ochenta ya sería promulgada en inglés. Por varias décadas se conservaron los "jueces de campo", desapareciendo después esta institución; igual pasó con otras normas jurídicas, referentes principalmente a derechos de

aguas, deslindes, pasos de veredas, etc. En 1855 se promulgó una ley - llamada greaser law- prohibiendo los domingos las carreras de caballos, las peleas de gallos, la venta de cerveza y las corridas de toros; y así poco a poco fue desapareciendo la presencia hispana. Expresión de esta soterrada confrontación entre hispanos y yankees son los conflictos famosos de los llamados "bandidos" como Joaquín Murrieta, el californiano Tiburcio Vázquez y el caso de linchamiento a muerte de la joven embarazada Juanita, que mató a un borracho extranjero. (19).

La Segunda generación de jóvenes californianos ante esta situación esquizofrénica de verse despreciados y dominados en su tierra, unos tomaron el camino de la huida por la borrachera o por la senda del crimen y bandidaje. En el Sur de California siguieron hasta finales de los ochenta núcleos hispanos, como en Santa Bárbara e incluso en Los Angeles que para 1878 seguía siendo una pequeña ciudad mexicana con unos 10.000 habitantes, en la que casi la mitad hablaban castellano. También en las "rancherías", alejadas de la ciudad, se conservó mejor la cultura hispana, sobre todo en torno a toda la subcultura del rancho, utilizándose por mucho tiempo algunos usos y términos castellanos, como los siguientes: rancho, vaquero, rodeo, mecate, morral, bozal, reata, remuda, corrida, lazo, cinchas, látigo, estampida, corral, sombrero, mesa, cañón, barranca, domador, alazán tostado, y otras designaciones de caballo como palomio, moro, pinto, potro, azulero, canelo, cebruno, tordillo, barroso; también caporales, jinetes, pastores, zanjeros, caballo fregado, acequias, pozos, veredas, patrón, cargador, herreros, arrieros, cargas, atajos, aparejos, alforjas, tapaojos, almohazo, camino; es decir, un lenguaje propio de la nueva relación con el territorio (agricultura) y con los animales (ganadería) que los Padres habían llevado a California.

En las ciudades, y sobre todo en el norte de California, la dominación de la cultura y modos de vida de los yankees era mucho más fuerte; fueron unos 100.000 los emigrantes que llegaron en 1859 y 1860; de ellos 8.000 yankees, otros 7.000 europeos de varias nacionalidades, 8.000 mexicanos, 5.000 latinoamericanos; por entonces se calcula que la población de californianos era de unos 15.000 más los indios aculturados aproximadamente en similar número, pero muchos de ellos huyeron a las lejanas rancherías.

Esta invasión de emigrantes y el nuevo status político de California como un estado más de la Unión U.S.A., produjo dos bloques antagónicos: hispano/yankees; y lo paradójico fue que los recién llegados identificaron por igual a todos los hispanos, sin establecer demasiadas diferencias-como lo hacía el grupo hispano-entre "gente de razón", blancos, mestizos, más o menos indianizados o negros; a todos los metieron en el mismo "saco" y comenzaron a discriminar a todos -incluida a la élite- como greaser y sucios cholos, todo lo que sabía, olía o sonaba a indo-hispano-mexicano era discriminado por el prejuicio racial y étnico; con ello un racismo más duro y salvaje entró en California. El escrito del periódico San Francisco Herald del 26 de febrero de 1859 es un botón significativo de muestra: "Californios are degraded race; a part of them are so black that one needs much work to distinguish them for Indians, there is little difference between them and the Negro race".

No es de extrañar que algunos jóvenes despiertos, hijos de la élite de californios, se dieran cuenta pronto de la trampa en que sus padres los habían metido y de las promesas rotas, que el joven y liberal país de los Estados Unidos les había proclamado; el joven californio de 20 años, Francisco P. Ramírez, director del Periódico hispano el Clamor Público escribía el 2 de agosto de 1856 un Editorial titulado "¡ Oh fatalidad !", que decía "Los mexicanos han sido víctimas de la furia de un pueblo loco... Esta es la 'libertad e igualdad' de nuestra adoptiva tierra... California se ha perdido para todos los hispanoamericanos". Los jóvenes más críticos, sintiéndose traicionados, lamentaban la pérdida de "nuestra tierra y nuestra patria California", pero la mayoría se esforzaba en "agringarse" y las muchachas, si podían, en casarse con yankees.(20). Todo el proceso de lucha y despojo de los hispanos en California ha sido silenciado o profundamente falseado en la mitología del Oeste, predicada a los cuatro vientos principalmente por la fábrica opiácea de Hollywood en sus películas de los clásicos "westerns". Igualmente la literatura norteamericana ha menospreciado la saga de los indo-hispano-mexicanos en esa época de la historia californiana, atribuyendo a la desidia de los hispanos sus fracasos, a la superioridad anglosajona de trabajo y de organización, o al providencial "destino manifiesto". Únicamente a partir de los años veinte y treinta del presente siglo comenzó un movimiento de "nostalgia" y búsqueda de

raíces de California, que impulsó la reconstrucción de las Misiones, pero se exaltó únicamente el lado romántico-español, desgajándolo de su verdadero contexto que fue la empresa hispano-indo-mexicana y toda su dimensión evangelizadora-cultural-social-económica-política.

La resistencia y conservación real de esa cultura hispana frente a la dominación de la cultura anglosajona hubiera sido más fuerte y posible de haber seguido las comunidades misionales. Como hemos apuntado, el catolicismo perdió su vigor en California tras la ida de los Padres; los pocos sacerdotes seculares que llegaron tenían diversas procedencias y casi ninguna influencia social; cuando el segundo obispo de California Joseph S. Alemany intentó vitalizar el catolicismo, fue en versión norteamericana de la Iglesia de Baltimore; es decir, con la creación de Colegios, Hospitales, Obras Pías, Orfanatos; una forma de catolicismo eficaz en otros contextos, pero muy alejado de la religiosidad popular y tradición católica hispano-mexicana. Es meritorio de estas iglesias el haber comenzado la primera escuela en California, pero ante la presión de la Oficina de Instrucción Pública del Gobierno de California en 1855 rápidamente se plegaron a enseñar en inglés, y no en castellano como se venía haciendo. Las primeras fundaciones católicas de los años 1850 muchas llevaban nombres castellanos y había bastantes monjas hispanas; para 1880 únicamente 14 de 76, y orfanatos y Obras Pías llevaban nombres castellanos, y 2 hospitales entre 54 católicos. La fuerte religiosidad hispano-mexicana, centrada en fiestas y rituales, donde podría haberse conservado profundamente la lengua, cultura, folklore y orgullo étnico, pasó a un menospreciado residuo folklórico y exótico. Por todo ello en California, a diferencia de Nuevo México, casi se apagó la tradición cultural hispano-mexicana a partir de los años noventa del pasado siglo XIX. Cuando en 1874 se celebraba la última Misa en la Misión de San Fernando con un viejo Padre rodeado de indios aculturados y al año siguiente se llevaban a Los Angeles las campanas de la Misión ante el llanto de una anciana india, criada bajo "el son de la campana", puede simbolizarse el final de la presencia consistente de la cultura hispano-mexicana en California.

Pero toda flor y todo fruto deja sus semillas... que pueden revivir, revitalizarse y resurgir. Este florecimiento de la cultura hispano-mexicana vendría de nuevo en el siglo XX con las oleadas de emigrantes mexicanos a California, primero al terminar la Revolución

campesina en 1920, y posteriormente con las grandes oleadas de braceros en los años cincuenta hasta nuestros días. Ellos trajeron de nuevo la lengua castellana, la religiosidad católica popular, el folklore, los modos de vida y costumbres, haciendo fuertes comunidades en los barrios de las grandes ciudades como Los Angeles, proclamando con orgullo su identidad en los liceos y universidades, revisando y reescribiendo la historia hispana de California en sus poesías, murales, obras de teatro y literatura, canto y danza. La marcha a Sacramento, en Pascua de 1966 capital de Estado de California, de los campesinos en huelga en el Valle de San Joaquín, llamada "Peregrinación, Revolución y Penitencia", portando el estandarte de la Virgen de Guadalupe, patrona de la Asociación Campesina militante bajo el liderazgo carismático de César Chávez, puede ser un símbolo de este renacer mexicano en California, proclamando en castellano: "Pedimos y tenemos el apoyo de la Iglesia en lo que hacemos; al frente de la Peregrinación llevamos la Virgen de Guadalupe porque ella es nuestra, toda nuestra, Reina de los Mexicanos".(Plan de Delano).

Y este movimiento de revitalización cultural hispano-mexicana llegado a las comunidades católicas, que exigen en Estados Unidos para los hispanos un catolicismo según sus tradiciones, y no una imposición de modelos irlandeses, polacos o anglosajones; es una revitalización y recreación de las viejas comunidades indo-hispano-mexicanas adaptadas a nuestro tiempo en el corazón de la sociedad más compleja y desarrollada económicamente del mundo y en la región californiana, epicentro de esa sociedad opulenta. Dice así el Manifiesto de la Alianza Católica de Liberación (1976) movimiento surgido en California.

"Nosotros, el pueblo de origen y cultura Mexicano-Hispánico... proclamamos que somos un pueblo libre y una raza orgullosa; que no aceptamos una clase inferior en la iglesia... que no seremos recipientes de un 'Welfare' espiritual mientras que nuestro espíritu es libre y fuerte. Recordamos a todos que la Fe de Cristo y el Cuerpo de Cristo fueron traídos al principio a estas tierras por la Iglesia Mexico-Hispánica, cuyos éxitos ya son una huella en la historia de las Californias. Les recordamos también que la cultura anglo fue invasora y que una cultura Anglo-Irlandesa, ajena y hostil a nuestras costumbres, se ha

poseído de nuestra herencia espiritual y nuestras tradiciones eclesiásticas, mientras nosotros hemos sido colocados en las tinieblas y en el silencio... Pero ha llegado la hora de que no más guardaremos silencio. Urgimos, insistimos, demandamos que nuestra voz sea escuchada en los atrios de los templos, porque también nosotros somos Iglesia. No aceptamos las decisiones de una jerarquía Anglo-Irlandesa que se imponen desde arriba, acerca de dónde y cómo vamos a hacer el culto. No reconocemos a personas que nos tratan como inferiores, porque les falta el Espíritu de Cristo. Rechazamos el paternalismo y colonialismo de la jerarquía eclesiástica que nos quiere decir lo que es para nuestro bien; que nos da programas, planes y servicios. Más bien vamos a sentarnos a la mesa y comer el Pan de Vida igualmente con nuestros hermanos de otras culturas".

El ayer y hoy se ha entrelazado, la herencia de las Misiones ha sido revitalizada, y la cultura hispano-mexicana ha vuelto a ser viva y palpitante en los campos y ciudades de California.

NOTAS

- (1) Puede verse el capítulo segundo de mi obra, donde trato sobre la agricultura californiana en el siglo XVIII y XIX, de donde he tomado la primera parte de este ensayo: Calvo Buezas, T. Los más pobres en el movimiento campesino chicano. (Madrid, Ediciones Encuentro, 1981). Parte de este ensayo fue expuesto en un Congreso Americanista en la Universidad de Szeger (Hungria), y aparece completo en mi obra Muchas Américas (Editorial Complutense, ICI, 1990)
- (2) Una milla es un tercio de una legua, 1.851 metros.
- (3) Actualmente existen en California unos 75.000 indios, viviendo unos 6.000 en reservas, algunas llamadas rancherías por ser antiguos ranchos de las Misiones españolas.
- (4) Datos tomados de Carey McWilliam- Factories in the Field (Santa Barbara and Salt Lake; Peregrine, Publisher, Inc, 1971). Del mismo autor, Al norte de México (México, ed. Siglo XXI, 1972).
- (5) Leonard Pitt, The Decline of Californians: A Social History of the Spanish Speaking Californians 1846-1890. (Los Angeles, University of California, 1970). Se trata de una obra seria, imparcial y muy documentada que explica el doloroso y lento proceso de la desculturización hispano-mexicana de California por la imposición yankee. Sobre el proceso de la lengua castellana en California, puede consultarse la voluminosa obra de Antonio S. Blanco, La Lengua Española en la Historia de California (Madrid, Cultura hispánica, 1971).
- (6) "Las propiedades de todo género que pertenecen a los Mexicanos... serán respetadas inviolablemente" (Artículo VII) "Serán mantenidos en el gozo de su libertad, de su propiedad y derechos civiles" (Art. IX). El Tratado de Guadalupe Hidalgo 1848. The Treaty of Guadalupe Hidalgo. (Sacramento, California State Department of Education, 1968) pp. 54 y 56.
- (7) Carey McWilliam, Factories in the Field, op. cit. p. 24.
- (8) Un rancho particular, Glenn Ranch, situado en el Condado de Colusa, recibió en 1880 un pago de ochocientos mil dólares por trigo embarcado para Londres. Un acre es igual a la mitad de una hectárea, exactamente a cincuenta y dos áreas.
- (9) Carey McWilliam, Factories in the Field, op. cit. p. 27. Siglo fundamentalmente

los datos de esta obra.

- (10) Sergio Elizondo, Perros y Atiperros (Berkeley, Quinto Sol Publications, 1972), p. 6 Poema "Perros".
- (11) Don J. Baxter, Missions of California, San Francisco, P.G.H.E. Progress, 1976.
- (12) El Padre Junípero Serra fue beatificado por Juan Pablo II en el Vaticano en septiembre de 1989.
- (13) Sylvia L. Hilton, Junípero Serra, Historia 16, Ediciones Quorum, colección "Protagonistas de América", Madrid, 1987.
- (14) Sobre Junípero Serra, además de la obra antes citada, pueden consultarse las siguientes- "Augusto Casas, Fray Junípero Serra, El apóstol de California (Barcelona, 1949); Omer Englerbert, The Last of Conquistadores, Junípero Serra, 1713-1748 (Nueva York, 1956); Maynard Geiger, The Life and Times of Fray Junípero Serra, O.F.M. (Washington, D.C. 1959); Pablo Herrera Carrillo, Fray Junípero Serra, civilizador de la nueva California (Madrid, 1956); Francisco Palau, Evangelista del Mar Pacífico Fray Junípero Serra, Padre y Fundador de la Alta California (edición de Madrid, 1944, copia del original del padre Palau "Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del V. Padre Fray Junípero Serra", México, 1787); Charles Piette, Evocation of Junípero Serra, Fondateur de la Californie (Washington, D.C. 1945). Obsérvese los títulos dados a Junípero Serra, que indican las distintas facetas de su empresa-"apóstol, conquistador, civilizador, fundador, evangelista, padre".
- (15) En este mismo sentido lo valora Leonard Pitt, en la obra citada The Decline of Californias...
- (16) El valor de los 8 millones de acres y bienes de las misiones en 1830 está contenido en la obra de C. McWilliams, Al Norte de México...op. cit., pag. 98. El precio de la venta de las misiones está tomado de Don J. Baxter, op. cit.
- (17) L. Pitt. De Decline of Californias... op. cit. pag. 9
- (18) Ibid, pag. 10.
- (19) En referencia a este fenómeno, va la obra teatral de Pablo Neruda, Esplendor y muerte de Joaquín Murieta (New York, Farrar, Strauss and Giroux, 1972).
- (20) Vide a L. Pitt. op. cit., los capítulos XI y XV; y A. Blanco, La lengua española en la historia de California (Madrid, Cultura hispánica, 1971).